

Resplandor de humanismo y crítica social en la obra literaria de Eduardo Galeano

RADIANCE OF HUMANISM AND SOCIAL CRITIQUE
IN EDUARDO GALEANO'S LITERARY OPUS

Gustavo A. Segura-Lazcano*
Francisco José Argüello-Zepeda*
Ivett Vilchis-Torres*

Resumen: A un lustro de su partida, la obra literaria de Eduardo Galeano nos motiva a revisar su mensaje humanista fundamentado, insistentemente, en la crítica social. De manera poética, el autor enuncia tesis filosóficas sobre el devenir histórico de los pueblos originarios y mestizos de América Latina. La indignación y la esperanza resultan sentimientos vitales que se unifican al denunciar los actos injustos que propician desigualdades. La globalización capitalista que no valora la vida comunitaria y vulnera la dignidad humana. En este trabajo se pone énfasis en la cotidianidad mediante la recuperación y análisis de citas del autor pertenecientes a *El libro de los abrazos*, *Mujeres y Espejos*.

Palabras clave: humanismo; crítica social; filosofía; literatura; Eduardo Galeano

Abstract: A decade after his passing away, the literary works of Eduardo Galeano motivate us to revise his humanist message insistently substantiated in social critique. Poetically, the author enounces philosophical theses regarding the historic becoming of the indigenous and mestizo populations in Latin America. Outrage and hope turn into vital sentiments that unify to denounce unfair actions that unleash inequality. The capitalist globalization that does not valorize the community life violates human dignity. In this work, we emphasize daily life by means of recovering and analyzing phrases of the author of *The Book of Embraces*, *Women and Mirrors*.

Keywords: humanism; social criticism; philosophy; literature; Eduardo Galeano

* Universidad Autónoma del Estado de México, México
Correo-e: gustavoseguralazcano3@gmail.com
Recibido: 15 de mayo de 2020
Aprobado: 11 de diciembre de 2020



*Los niños pobres son los que más sufren
la contradicción entre una cultura que manda
a consumir y una realidad que lo prohíbe.*

Eduardo Galeano

INTRODUCCIÓN

A cinco años de su fallecimiento, Eduardo Galeano continúa tributando al mundo de las letras sus egregias vivencias, reflexiones y sentimientos. Con frases sencillas y vibrantes, el conocido poeta uruguayo instiga a sus lectores a develar los enigmas que acompañan la existencia, subrayando la trascendencia del acontecer cotidiano en la comprensión emotiva del ser social.

En la búsqueda de respuestas tentativas a las interrogantes que atraviesan la vida humana, cada individuo resuelve sus dilemas de una manera particular. Algunos optan por vivir apasionadamente bajo el manto de aquellas filosofías que les resultan más sugestivas y convincentes. Otros, en cambio, zanján los asuntos cotidianos al amparo de frases sencillas, pero capaces de iluminar su camino y librarlos de contrariedades. La adopción de adagios populares, al parecer, amplía las perspectivas de vida y viabiliza la coexistencia en condiciones de agrupamiento.

Tanto en las artes como en las ciencias, las analogías interpuestas vivifican las interpretaciones y expanden los horizontes de comprensión. En este caso, la figura del resplandor nos remite a la luz perfecta, irradiación cuya intensidad es capaz de alumbrar la escena y también a nosotros. La luz, desde los albores de la humanidad, constituye una metáfora del conocimiento y más aún de la sabiduría. Importantes pensadores, como Platón en el conocido mito de la caverna, le imputaron la búsqueda de la verdad y el despertar a una nueva vida.

El resplandor de humanismo, que afirmamos se manifiesta en la obra de Galeano, nos motiva

a reconocer la luz proveniente de sus palabras y la generosidad del hombre sincero que asiste a alumbrar nuestro camino. Al leerlo, un alba se aviva en nuestro interior y nos permite distinguir los aciertos y errores de nuestro acontecer.

Los seres humanos, como resultado de las habilidades creativas que los caracterizan, habitan universos excepcionales configurados por sus lenguajes. Mediante palabras y símbolos, los individuos despliegan textos y discursos que realzan su presencia en el mundo y confieren sentido a las experiencias propias y ajenas. Como parte de un amplio repertorio de significaciones, existen frases predilectas a partir de las cuales cada sujeto solventa las circunstancias que lo envuelven. El logos que respalda la conciencia de cada uno revela la fuerza de las creencias adheridas a la personalidad. De acuerdo con Hans G. Gadamer, “el lenguaje posee su propia historicidad y cada uno de nosotros tiene su propio lenguaje” (2012: 61).

Por medio de episodios reflexivos podemos aproximarnos a la esencia de lo humano, advirtiendo, en cada avance, su complejidad y temporalidad. Al interpretar y comprender lo que acontece, develamos junto a otros nuestras experiencias y expectativas más fortificadas. Como lo expresa Galeano (1993), “al fin y al cabo, somos lo que hacemos para cambiar lo que somos”.

Revisar solícitamente las acciones que nos humanizan y las que nos deshumanizan modifica las perspectivas de vida en lo individual y colectivo. Los juicios disruptivos que contravienen nuestros paradigmas nos permiten, una vez superado el trago amargo, advertir los desvaríos originados por las falsas creencias que los cimentaban. Bajo dicha premisa procedemos a examinar algunos fragmentos de la obra literaria de Eduardo Galeano que demuestran su humanismo fundado en la crítica social; para tal efecto, recurrimos a sus conocidas obras: *El Libro de los abrazos*, *Mujeres y Espejos*, con el firme propósito

de que, a un lustro de la partida del uruguayo, nuestro trabajo evoque la fuerza de su palabra.

EL POETA ANTE LA VIDA

Si en toda cultura consideramos promisoría la presencia de filosofías ligadas a la vida cotidiana, podemos advertir la enorme riqueza reflexiva contenida en las tradiciones y, por consiguiente, en los productos literarios que han motivado.

Aun cuando los pueblos latinoamericanos a la vista de las sociedades más poderosas parezcan, como resultado de la más frívola comparación, simples masas incultas, folclóricas, subdesarrolladas, incapaces de gobernarse a sí mismas y desprovistas de valores y sistemas filosóficos coherentes, lo cierto es que, en su intimidad, manifiestan de manera esporádica incontables talentos y sabidurías. Con base en ello, equivocada resulta la premisa del mundo occidental que asevera que todos los pueblos, para lograr un desarrollo pleno, deben atravesar por el mismo sendero de representaciones y modos de vida. Tal afirmación se disipa al considerar que lo esencial y valioso de cada comunidad radica en sus particularidades, y que la diversidad constituye una realidad en extremo ventajosa y conveniente para la humanidad en su conjunto.

En oposición a la perspectiva racionalista, procedente de la intelectualidad europea que, cimentada en juicios procedimentales y de sistematicidad, diferencia las filosofías superiores de las ideologías y cosmovisiones, y recomienda alejar los trabajos analíticos de las creaciones literarias, consideramos meritorio el pensamiento que orienta la vida cotidiana expresado en la obra de muchos escritores latinoamericanos. La sensibilidad de los grandes poetas contribuye, de forma notable y original, a incontables reflexiones filosóficas que ameritan ser debatidas en el ámbito académico.

No sólo textos hiperracionales y extensos que hacen uso de métodos rigurosos aportan valiosos conocimientos a la sociedad, dado que,

frecuentemente, en modestos conversatorios y pequeños fragmentos literarios, es posible hallar argumentos luminosos que inviten a recapacitar sobre el curso de la existencia.

Por medio de frases sagaces, incontables autores han trascendido y modificado nuestro estado de conciencia, como ocurre con la obra literaria de Eduardo Galeano, la cual nos descubre como seres sensibles y pensantes, inmersos en una reflexión imperecedera que nos involucra con el devenir histórico. Buena parte de los textos del poeta nos revelan no sólo al hombre generoso, crítico y sincero, sino esencialmente al ser entrañablemente humano y dispuesto a fustigar cualquier amenaza que pudiera vulnerar nuestro espíritu. Para lograr su cometido, el escritor propone hacer uso oportuno de la palabra y lo testimonia diciendo:

Quando es verdadera, cuando nace de la necesidad de decir, a la voz humana no hay quien la pare. Si le niegan la boca, ella habla por las manos, o por los ojos, o por los poros, o por donde sea. Porque todos, toditos, tenemos algo que decir a los demás, alguna cosa que merece ser por los demás celebrada o perdonada (Galeano, 1990: 15).

Actualmente, en la arena filosófica, el lenguaje desempeña un papel crucial al significar los hechos y actitudes en toda interacción humana. Las representaciones que los sujetos hacen del mundo son influidas, muchas veces de manera imperceptible, por enérgicos componentes y vectores lingüísticos. Cabe señalar que la razón acompaña al logos que la revela. Partiendo de tal consideración, se debe revalorizar el papel de los escritores como pensadores de su tiempo, así como la función del lenguaje en la recreación de imaginarios sociales. De acuerdo con H. Gadamer, “el lenguaje humano no expresa sólo la verdad, sino la ficción, la mentira y el engaño [...] la desocultación del ente se produce en la sinceridad del lenguaje” (2012: 53).

En alguna ocasión, alguien preguntó a Mario Benedetti (otro notable autor uruguayo) cuál consideraba la mayor virtud de los poetas. El afamado personaje, sin titubear, contestó: la sinceridad, virtud que, por desgracia, se practica poco en el presente. La anécdota no resulta menor, tomando en cuenta que:

el mayor y más consistente «crítico» atento a la obra narrativa-literaria de Galeano desde el comienzo fue Mario Benedetti, que como escritor veterano y conocedor del «hipercrítico» (y misérrimo) medio cultural montevideano y, además, generoso por ser figura mayor, paternal o patriarcal ante las generaciones más jóvenes, se propuso reconocer la actividad *literaria* de Galeano (Rufinelli, 2015: 129).

La sinceridad fue una virtud con la que nuestro autor, Eduardo Germán María Hughes Galeano, contaba. Nació en Montevideo el 3 de septiembre de 1940 y murió en la misma ciudad el 13 de abril de 2015. Sus biógrafos lo describen como alguien que desde pequeño era inquieto, perspicaz y rebelde, dispuesto a conversar y a aprender de otros.

Al abandonar sus estudios básicos, el escritor se propuso ser un hombre autodidacta y valerse por sí mismo. Laboró inicialmente de mensajero, posteriormente fue cajero, caricaturista y periodista, profesión que le impulsó al cosmos literario. Los especialistas señalan que “en Galeano primero fue la imagen y luego la palabra. En principio, quería ser pintor, pero se convirtió en un hombre que pintaba escribiendo” (Chacón Ramírez y Botero Herrera, 2015: 24).

Con el propósito de precisar la perspectiva que tenemos del poeta uruguayo, declaramos que los primeros acercamientos a su obra datan de su época juvenil, con dos publicaciones colmadas de rebeldía: *Las venas abiertas de América Latina* y *Memoria del fuego*. Años después, tuvimos la oportunidad de escucharlo en la Habana, Cuba (1999). Con voz serena y franca,

recordamos, dio lectura a varios poemas frente a una ávida audiencia. Al oírlo, imaginábamos más situaciones que las enunciadas por el disertante. Las experiencias personales se entrelazaban de manera imprevista con el significado de las frases empleadas. La narrativa provocaba emociones diversas, haciendo del encuentro un acontecimiento sin igual y por ello memorable.

Galeano, en su labor editorial, se distinguió siempre como un escritor crítico y, por tanto, comprometido con las situaciones sociales que en el entorno inmediato evidenciaban injusticia y desigualdad. Su esfuerzo por denunciar los hechos no sería su único propósito, motivo por el cual tuvo que permanecer exiliado cerca de una década, primero en Buenos Aires y finalmente en las afueras de Barcelona.

Su obra literaria, desde el inicio, ha contribuido a cimentar y propagar el pensamiento social latinoamericano en diversos foros y regiones del mundo. Actualmente, es reconocido como la tinta más perspicaz y reveladora de la cruel realidad que enfrentan de manera cotidiana los sectores abatidos por el sistema económico. Por esta razón, sus libros fueron prohibidos en los países de América del Sur durante algún tiempo, específicamente donde existieron dictaduras militares.

Galeano, desde joven, fue un trotamundos y, junto con ello, el autor de perspectivas amplias. Ávido de conocimientos en torno a la historia de los pueblos originarios, en particular de las Américas, viajó, leyó y conversó por igual con gente sencilla y culta de cada lugar. Su forma de trabajo queda de manifiesto en su conocida obra: *Las venas abiertas de América Latina* (1971), un texto paradigmático que, a pesar de las críticas recibidas en las últimas décadas por parte de autores como Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa (1996), en su momento iluminó las funestas relaciones de colonización y despojo impuestas por naciones hegemónicas a los pueblos de América Latina. Su narrativa fue exacta al decir: “somos pobres porque es rico el suelo que pisamos y los lugares

privilegiados por la naturaleza han sido malditos por la historia” (Galeano, 1990: 440).

Hasta el último sollozo, Eduardo Galeano dio muestras fehacientes de solidaridad hacia la vida y sufrimiento de su gente. Optó por ampliar sus horizontes intelectuales, nunca manifestó deterioro alguno de su identidad cultural, “su sentido de pertenencia era inquebrantable; siempre tuvo muy presente que era latinoamericano” (Chacón Ramírez y Botero Herrera, 2015: 23), como las piedras de Machu Picchu, escribió el mismo poeta en 1984.

Desde su juventud tuvo gran empatía hacia las personas ordinarias. Al respecto, cuentan sus biógrafos, gustaba de charlar y tomar café con ancianos del barrio y lo mismo hacía en aquellos lugares que visitaba. Siendo un hombre abierto, disfrutaba explorar los temas y trances emotivos más diversos, y de las vivencias compartidas con otros alimentó buena parte de su trabajo literario. En su poema “Scherezade” afirma: “del miedo de morir nació la maestría de narrar” (Galeano, 2015: 7).

La obra literaria de Eduardo Galeano nos descubre al escritor sensible y en todo momento dispuesto a relatar sus mejores vivencias. Sin duda un ser creativo, cuyo dominio del lenguaje le permitió emplearlo de manera sencilla y sintética, cualidad poco común en nuestros intelectuales.

Sus textos, al ser breves, permiten allegarse a contenidos y esencias que trascienden lo narrado. En cada una de sus frases evade la frivolidad propia de quien pretende impresionar a las audiencias, por el contrario, la poesía de Galeano aspira a ser llana, portadora de un mensaje accesible y carente de retóricas complejas. Su principal propósito es conectar a los interlocutores con los aspectos extraordinarios de la trama, procurando que las palabras inspiren a cada uno a develarlos de manera inédita. Así, los textos del uruguayo soliviantan nuestra humanidad sin recurrir a métodos y vocablos ininteligibles.

Con prosa franca y emotiva, Galeano concede al lector la posibilidad de imaginar y bosquejar

las rutas alternas que ha de seguir en sugestivos parajes narrativos. Desde la primera lectura, sus textos conectan con aquellos temas cardinales que nos involucran e invitan a reflexionar sobre el papel que jugamos en dichas narrativas, porque ciertamente “somos las historias que vivimos” (Viglione, 2020: 2).

HUMANISMO EN CONTEXTO

Cada época y sociedad despliega el humanismo más allá del embeleso renacentista por la cultura grecolatina y reitera el compromiso de la conciencia con la vida gregaria y el devenir. Por esta razón, Wilhelm Dilthey (1949) lo consideró un concepto fundamental para las ciencias del espíritu (*Geisteswissenschaften*).

El humanismo, desde una perspectiva amplia, implica la humanización del hombre y las sociedades. Por tanto, amerita necesariamente una perspectiva histórica. Al respecto, se debe tomar en cuenta que en el mundo occidental “la humanitas es pensada por primera vez [...] y se convierte en una aspiración en la época de la república romana. El *homo humanus* se opone al *homo barbarus*” (Heidegger, 2006: 21).

Con mesura, aceptemos que no ha existido, y quizás no resulte viable en momento alguno, instaurar un humanismo absoluto que pueda sintetizar la historia de nuestra especie y, menos aún, validar la imposición de modelos estandarizados que puedan consumarse en cualquier tiempo y lugar. El humanismo requiere advertir la diversidad y particularidad no sólo cultural, sino constitutiva de cada persona y agrupamiento, como cualidades que le distinguen y enaltecen. En la actualidad, reconocemos que “el humanismo en general sostiene una concepción de la libertad humana, capaz de contribuir a definir su naturaleza, su posición y función en el mundo, y en última instancia de orientar el curso de la historia” (Velasco, 2009: 7).

Por su parte, Ramón Xirau considera que el concepto de humanismo ha cambiado históricamente, ya que en el Renacimiento se basaba en la realidad y dignidad del individuo, lo cual cambió a partir del siglo XIX, cuando comenzó a exaltarse la realidad del hombre hasta convertirlo en su propio Dios (2011).

Desde una visión filosófica, se tiende a identificar el linaje humano como valor supremo y universal. Tal premisa resulta cuestionable en la medida en que devalúa, indirectamente, los atributos y derechos de otras especies que habitan el planeta. Encumbrar la razón sobre cualquier otra característica de la conciencia implica negar la variedad de capacidades que desarrollan los seres vivos. En particular, sostener la tesis de humanización plena no resulta factible sin dilucidar, previamente, las circunstancias que determinan la condición humana, siempre acompañada de otras formas de vida que no debieran excluirse de sus horizontes éticos e históricos.

A pesar del avance de nuevas teorías críticas, las ideas absolutistas continúan estando presentes en las reflexiones contemporáneas, incluso en cuanto a temas humanistas. En la práctica, estas nociones configuran antropocentrismos circulares por medio de los cuales el hombre alude, cuestiona y retorna a sí mismo. Inevitablemente, los humanismos, incluso aquellos que añaden múltiples referentes, como podrían ser la naturaleza o el cosmos (espacio sideral), devienen en perspectivas espejo donde los hombres se miran en un esfuerzo inexhausto por comprender y comprenderse. “Los seres humanos, en mayor o menor medida, vivimos en la cotidianidad de la vida, hecho que no le quita relevancia al discorrir de nuestra propia vida sino más bien muestra una categoría clave para *la autocomprensión personal y lo que implica ser hombres*”, afirma Cuéllar (2009: 28).

A lo largo del tiempo, las tendencias humanistas convergen o se contraponen, sin embargo, existen algunas que presuponen esencias ineludibles que debieran mantener hermanados

a los pueblos. Otras, en cambio, consideran que las amargas y sangrientas experiencias registradas por la historia universal reclaman establecer, urgentemente, nuevas pautas civilizatorias y propiciatorias de mejores condiciones de convivencia.

Ciertas perspectivas humanistas han extendido los periodos de concordia entre las naciones y establecido puentes de entendimiento recíproco. Para tal efecto, los humanistas han estado presentes en las encrucijadas sociales acompañando las reivindicaciones de los sectores que reclaman un trato justo por parte de sus opresores. Es así como dichas visiones motivan incontables actos solidarios y acciones filantrópicas, algunas de las cuales han permitido liberar individuos, pacificar conflagraciones y afianzar el espíritu comunitario en múltiples latitudes. Sin embargo, toda libertad implica enfrentar el miedo, cruel flagelo que muy pocos logran derrotar. Galeano dice al respecto:

Una mañana, nos regalaron un conejo de indias. Llegó a casa enjaulado. Al mediodía, le abrí la puerta de la jaula. Volví a casa al anochecer y lo encontré tal como lo había dejado: jaula adentro, pegado a los barrotes, temblando del susto de la libertad (1990: 84).

Los pensadores más diligentes son aquellos que revisan el estado de humanización de cada generación, no sin anticipar diversos escenarios. Sea bajo premisas religiosas o seculares, dogmáticas o filosóficas, los humanistas inducen al encuentro y reconocimiento de los individuos, destacando el papel que desempeñan los valores, los modos de comunicación y las formas de entendimiento y agrupamiento.

Los ideales humanistas animan la voluntad individual de comprender la propia existencia en condiciones de acompañamiento y, con ello, la posibilidad de compartir dominios y aspiraciones con otros. Lo anterior no pretende invalidar la personalidad de nadie, sino inducir y extender

el espíritu gregario entre los miembros de nuestra especie. Ser humanista, en dichos términos, implica una empatía basada en las semejanzas, pero también en las diferencias, además de ser consciente de las posibilidades de interacción afable con otros miembros del grupo.

Algunos postulados humanistas apuntan a emprender un proceso de autoconcienciación por otros que permita situar a cada persona en contextos más amplios. Esto podemos imaginarlo, pero tal vez nunca consumarlo, de acuerdo con el poeta:

Los sueños anuncian otra realidad posible y los delirios, otra razón.

Al fin y al cabo, somos lo que hacemos para cambiar lo que somos.

[...].

En esa fe, fugitiva, creo. Me resulta la única fe digna de confianza, por lo mucho que se parece al bicho humano, jodido pero sagrado, y a la loca aventura de vivir en el mundo

(Galeano, 1990: 92).

A pesar de los esfuerzos emprendidos por notables pensadores, el humanismo como horizonte de reflexión y acción deliberada continúa siendo un tema frágil, inestable y quimérico, considerando los diversos modos de vida, circunstancias y personalidades que aparecen en escena.

Evidentemente, lo humano no puede ceñirse a una sola experiencia histórica y la regularidad nunca resulta el principal atributo de la vida. Las circunstancias y la visión que los hombres tienen del mundo cambian. La existencia de los seres humanos se da en un mundo saturado de contradicciones que requieren respuestas inéditas. Por ello: “*Aufheben* era el verbo que Hegel prefería, entre todos los verbos de la lengua alemana. *Aufheben* significa, a la vez, conservar y anular; y así rinde homenaje a la historia humana, que muriendo nace y rompiendo crea” (Galeano, 1990: 91).

Los principales postulados de las corrientes filosóficas humanistas que se encuentran vigentes coinciden en vislumbrar escenarios de igualdad social. Las colectividades auténticamente plurales e incluyentes son aquellas que fortalecen sus relaciones interpersonales por medio del diálogo intercultural. El reto de vigorizar la convivencia estriba, por tanto, en el justo equilibrio de expectativas personales y colectivas. Las acciones comunicativas, cuando son honestas, abonan al respeto mutuo y la dignidad.

Una de las principales utopías del humanismo del siglo XXI radica en configurar un mundo sin odios ni fanatismos, en el cual mujeres y hombres puedan dialogar y transformar juntos sus realidades. Hacer que impere la convivencia implica necesariamente aproximar los horizontes de vida de las personas. En “Llorar”, Galeano nos ofrece una perspectiva de la empatía:

Fue en la selva, en la Amazonia ecuatoriana. Los indios shuar estaban llorando a una abuela moribunda. Lloraban sentados, a la orilla de su agonía. Un testigo, venido de otros mundos, preguntó:

—¿Por qué lloran delante de ella, si todavía está viva?

Y contestaron los que lloraban:

—Para que sepa que la queremos mucho (1990: 166).

TEXTO Y FRASE HUMANISTA

‘Poesía humanista’ o ‘humanismo poético’ son denominaciones apropiadas y aplicables a la obra literaria de Eduardo Galeano, pues sus textos destacan por sus cualidades estéticas y reflexivas. Siempre, y de manera excepcional, la prosa del uruguayo unifica sus argumentos humanistas con elementos de la crítica social, logrando inquietar y conmover al lector. Por medio de su lírica es posible apreciar la función social del

pregunta: “¿Por qué tiemblan las estrellas? Quizá presienten que pronto invadiremos otros astros del cielo” (Galeano, 2008: 330).

Ante cualquier situación que ofrezca la cotidianidad, el filósofo medita diligentemente, anhelando comprender y significar aquello que participa de su existencia sensible y emotiva. Sus cavilaciones involucran más asuntos que los contenidos en cada hecho aparentemente aislado. Las partes siempre complementan totalidades indivisibles, por lo que nada puede ser considerado insignificante. Sobre la película *Tiempos modernos*, de Charles Chaplin, Galeano apunta:

es la epopeya de un hombrecito atrapado por los engranajes de la era industrial

[...]

retrato de los tiempos que corren: las máquinas comen gente y roban empleos, la mano humana no se distingue de las demás herramientas, y los obreros, que imitan a las máquinas, no se enferman: se oxidan (2008: 267).

De acuerdo con el pensador judío-alemán Erich Fromm, la existencia humana proyecta el dilema de cómo, en cada hombre, “esta conciencia lo separa de sus semejantes [...] y de la naturaleza; y lo convierte en un extranjero en el mundo” (1992: 151-152.). La sensación de desarraigo que padecemos, por tanto, se profundiza como secuela de cada expectativa formada por el capitalismo. La reintegración al cosmos no parece encontrar sentido entre un conjunto de vidas supeditadas a la acumulación de riquezas materiales, porque en el fondo hemos olvidado que el proyecto de cada individuo, en el tiempo del que dispone, radica en “desarrollar su humanidad” (Fromm, 1992: 84). Galeano, al recordar la primera edición de la Enciclopedia, en “Aventuras de la razón en tiempo de cerrazón”, nos dice: “El hombre no vale nada sin la tierra. La tierra no vale nada sin el hombre” (2008: 167). Mediante la frase sintética, el poeta incita a revalorar la relación del individuo con sus contextos

naturales y culturales, el propósito de ello radica en enaltecer los vínculos esenciales que posibilitan y dignifican la existencia. En los albores del siglo XXI advertimos que nuestra manera de habitar el planeta ha provocado una crisis, y de continuar demoliendo la obra de la naturaleza acabaremos arruinando la historia.

Sin duda, los seres humanos de cualquier época y lugar han tenido que hacer uso de los medios a su alcance para afianzar su vida y, en momentos cruciales, encontrar la manera de extender sus dominios. Es por el esfuerzo colectivo que los pueblos transfieren a las nuevas generaciones contenidos y formas culturales que instauran nociones realmente significativas para la mayoría. De una manera singular, el poeta participa en la construcción de identidades y discursos que conmueven y ayudan a establecer a otros en el mundo. A su manera, Galeano advierte:

Ya no sabemos si somos obras maestras de Dios o chistes malos del Diablo. Nosotros, nosotros, los humanitos:

Los exterminadores de todo. Los cazadores del prójimo.

[...]

Los únicos animales que inventan máquinas. Los únicos que viven al servicio de las máquinas que inventan.

[...]

Los únicos que envenenan el agua que les da de beber y la tierra que les da de comer. Los únicos capaces de alquilarse o venderse y de alquilar o vender a sus semejantes. Los únicos que matan por placer. Los únicos que torturan

[...]

Y también los únicos que ríen.

[...]

Los únicos que sueñan despiertos.

[...]

Los que convierten la basura en hermosura.

[...]

Los que dan nuevas músicas a las voces del mundo.

Y crean palabras, para que no sean mudas la realidad ni su memoria (2008: 211).

Estas verdades dicen mucho de los marcos socio-culturales que las fabrican y, lanzados al mundo global, resulta ineludible explorar diversas tradiciones. Más que adoptar conductas impropias, lo relevante estriba en examinar los diversos modos de pensar. Cada narrativa muestra una forma particular de interpretar y entender la vida y, con ello, saber cómo somos realmente. Comprender resignifica la propia existencia en términos de encuentro con la historicidad de otros. En el sentido poético del autor:

La vida sin nombre, sin memoria, estaba sola.
[...] La vida era una y siendo una era ninguna.
Entonces el deseo disparó su arco. [...] partió la vida al medio, y la vida fue dos.
Los dos se encontraron y se rieron. Les daba risa verse, y tocarse también
(Galeano, 2008: 1).

Nunca podría apreciarse la existencia en todas sus posibilidades sin conferir valor y sentido trascendental a la muerte, dado que toda muerte resignifica la vida. Ante la contingencia de enfrentar una vida efímera, los individuos suelen formular y compartir emotivas peroratas sobre el linaje distintivo de nuestra especie. Dicha tragedia, Galeano la resume de la siguiente manera:

Epicuro hablaba contra los miedos.
[...]
Es pura vanidad, decía, creer que los dioses se ocupan de nosotros.
[...]
Tampoco la muerte es terrible, decía. Mientras nosotros somos, ella no es; y cuando ella es, nosotros dejamos de ser (Galeano, 2008: 51).

La humanidad, tarde o temprano, se convierte en historias que pueden ser descritas y contadas. Diversas son las versiones que dan cuenta del

origen y devenir de las modestas culturas y grandes civilizaciones, sus proezas. Haciendo uso de la palabra, el poeta imagina que hace tiempo:

nos cansamos de andar vagando por los bosques y las orillas de los ríos.
Y nos fuimos quedando. Inventamos las aldeas
[...]
Cultivamos el arroz, la cebada, el trigo y el maíz,
[...]
fuimos devotos de las diosas de la fecundidad [que] fueron desplazadas por los dioses machos de la guerra.
[...]
descubrimos las palabras *tuyo* y *mío* y la tierra tuvo dueño y la mujer fue propiedad del hombre y el padre propietario de los hijos.
Muy atrás habían quedado los tiempos en que andábamos a la deriva, sin casa ni destino
(Galeano, 2008: 6).

Sumamente importantes resultan los actos gregarios, que mantienen viva la memoria de los pueblos, en particular, de aquellos que permiten examinar los procesos históricos implicados. Tanto en periodos de paz como de guerra, las perspectivas de la humanidad se ven transformadas. Sobre la beligerancia de George Bush contra Irak, Galeano escribe:

Hubo miles y miles de víctimas, y no sólo gente de carne y hueso. También mucha memoria fue asesinada.
Numerosas tablillas de barro, historia viva, fueron robadas o destrozadas por los bombardeos. Una de las tablillas decía:
Somos polvo y nada.
Todo cuanto hacemos no es más que viento
(2008: 9).

Como nunca antes se había registrado en la historia, nuestra especie se encuentra sujeta a repentinos cambios. La inestabilidad del mundo actual

obliga a mirar los entornos con cautela y desconfianza, asumiendo que nada está consumado y, menos aún, resulta íntegramente definible. Para Eduardo Galeano, tales circunstancias no debieran preocuparnos y sorprendernos del todo, tomando en cuenta lo dicho hace tiempo por grandes pensadores que ya nos habían advertido sobre la condición discordante e impermanente de la realidad. Por ejemplo, en la China antigua se reveló a los hombres que:

En la contradicción, se encuentra el todo y la nada, la vida y la muerte, lo cercano y lo lejano, el antes y el después.

Lao Tsé, filósofo aldeano, creía que cuánto más rica es una nación, más pobre es. Y creía que conociendo la guerra se aprende la paz, porque el dolor habita la gloria (Galeano, 2008: 21).

El vínculo entre humanismo y religión ha sido, por siglos, un tema sugestivo y polémico. El humanismo cristiano, desde su origen, instó a las comunidades a reconocer la hermandad entre todos los individuos bajo la premisa del amor dispensado por su creador. En poco tiempo, el planteamiento central resultó impugnado debido a las sangrientas luchas emprendidas en contra de pueblos que profesaban otros credos. Para Galeano, el tema no resulta menor, y sobre el encuentro de san Francisco de Asís con el sultán Al-Kamil, escribe algunas líneas: “El cristiano y el musulmán no cruzaron armas, sino palabras. Durante el largo diálogo, Jesús y Mahoma no coincidieron. Pero se escucharon” (2008: 78).

Sin duda, las creencias religiosas inciden prodigamente en las representaciones colectivas que adjudican a la vida humana un propósito divino. El poeta, sin contravenir los actos de fe propios de la gente, escruta a su manera el sentido profundo de los credos y afirma:

Los dioses no soportan la competencia de los terrestres vulgares y silvestres.

Nosotros les debemos humillación y obediencia. Hemos sido hechos por ellos, según ellos; y la censura del alto cielo prohíbe que se divulgue el rumor de que son ellos quienes han sido hechos por nosotros (Galeano, 2008: 37).

Uno de los temas cardinales en la obra del uruguayo se refiere a la justicia social y los hechos civiles que la niegan. En sus textos, el pensador examina la historia de los pueblos y las naciones, tratando de explicarse por qué seres que se consideran racionales resultan incapaces de regirse bajo criterios de semejanza y equidad. Al respecto, entre sus notas encontramos lo siguiente:

La democracia griega amaba la libertad, pero vivía de sus prisioneros.

[...] La esclavitud [...] rara vez aparecía en la poesía, en el teatro o en las pinturas.

[...] Los filósofos la ignoraban, como no fuera para confirmar que ése era el destino natural de los hombres inferiores (Galeano, 2008: 52).

Muchos teóricos críticos señalan que las estructuras sociales imperfectas propician incontables actos de injusticia, por ello resulta necesario revisar las fases constitutivas de los estados nacionales en regiones como América Latina. Sobre el tema, Galeano escribió:

Cuando cae el telón, una vez depositados los votos en las urnas, la realidad impone la ley del dinero. Así lo quiere el orden natural de las cosas. En el sur del mundo, enseña el sistema, la violencia y el hambre no pertenecen a la historia, sino a la naturaleza, y la justicia y la libertad han sido condenadas a odiarse entre sí (1990: 81).

Para Axel Honneth (1997), los hombres requieren pelear por su reconocimiento a fin de evitar ser sometidos por otros. Sin embargo, toda lucha social requiere la participación decidida de

las mujeres para consumarse. Galeano reconoce que, más allá de los atributos propios de su género, con el paso del tiempo incontables féminas han dado muestra de su valentía y compromiso con causas que las trascienden. En homenaje a la mujer revolucionaria, asienta:

siguieron a los hombres de batalla en batalla.
[...]
En los trenes, los hombres y los caballos ocupaban los vagones. Ellas viajaban en los techos rogando a Dios que no lloviera.
Sin ellas, soldaderas, [...] adelitas [...] esa revolución no hubiera existido.
A ninguna se le pagó pensión
(Galeano, 2015: 218).

En el plano del amor íntimo, el uruguayo nos ofrece una escena imborrable que describe la despedida final por motivos de guerra:

El amante, que yace a su lado, se irá. Al amanecer se irá a la guerra, se irá a la muerte. Y también la sombra, su compañera de viaje, se irá con él y con él morirá.
Es noche todavía. La mujer recoge un tizón entre las brasas y dibuja, en la pared, el contorno de la sombra.
Esos trazos no se irán.
No la abrazarán y ella lo sabe. Pero no se irán
(2008: 47).

DESIGUALDAD E INDIGNACIÓN

Las discrepancias que observamos en la población revelan formas de dominación perniciosas para la vida social. Aunque pudieran remediarse algunas de estas desigualdades con apoyo de la ciencia y la tecnología, en los hechos no existe conciencia ni voluntad política suficiente de los actores para que tal escenario ocurra. La tolerancia que se muestra hacia los sectores desvalidos,

aun siendo necesaria, termina por convertirse en un sentimiento exiguo e incapaz de transformar las condiciones impuestas. El humanismo del que hablamos, por consiguiente, ha sido restringido, o bien, requiere restablecer los vínculos comunitarios esenciales que permitan dar soluciones decisivas a los problemas más graves de nuestro tiempo. En este sentido, Galeano asevera: “A diferencia de la solidaridad, que es horizontal y se ejerce de igual a igual, la caridad se practica de arriba-abajo, humilla a quien la recibe y jamás altera ni un poquito las relaciones de poder” (2010: 253).

Crítica social y perspectiva humanista convergen frecuentemente en las obras del uruguayo. Su prosa aguda incita a examinar las situaciones de extrema desigualdad social de América Latina. Para Galeano, es una actitud indigna glorificar el abuso y la avaricia que arrebatan el futuro a pueblos enteros y se apropian arbitrariamente de aquello que debiera pertenecer a todos por igual, por ello, su voz hace un llamado a cuidar nuestros entornos:

Un viejo proverbio dice que enseñar a pescar es mejor que dar pescado.
El obispo Pedro Casaldáliga, que vive en la región amazónica, dice que sí, que eso está muy bien, muy buena idea, pero ¿qué pasa si alguien compra el río, que era de todos, y nos prohíbe pescar? ¿O si el río se envenena, y envenena a sus peces, por los desperdicios tóxicos que le echan? O sea: ¿qué pasa si pasa lo que está pasando? (2008: 334).

La historia da cuenta de las circunstancias que envuelven la vida social y, por su importancia, ameritan siempre nuevas lecturas. Por ejemplo, la colonización del Nuevo Mundo y el despojo de que han sido objeto los pueblos originarios continúa motivando estudios relevantes y controversias. Al participar de la polémica, Galeano escribe: “La conquista de América fue una larga y dura tarea de exorcismo [...] Los conquistadores

cumplieron la misión de devolver a Dios el oro, la plata y las otras muchas riquezas que el Diablo había usurpado” (2008: 118).

Sin duda, la historia económica de las naciones explica el origen de las desigualdades sociales, motivo por el cual difundirla entre la gente le ayudaría a comprender los procesos que engendraron graves asimetrías en su contexto, más que justificarlos o reproducirlos. Por este motivo, en su conocido poema “Los nadies”, Galeano se ocupa de señalar el maltrato de que suelen ser objeto los más pobres:

Los nadies: los hijos de nadie, los dueños de nada.

Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la Liebre, muriendo la vida

[...]

Que no son seres humanos, sino recursos humanos.

Que no tienen cara, sino brazos.

Que no tienen nombre, sino número.

(1993: 52).

Los sectores olvidados, ninguneados, despreciados por la sociedad clasista son, tanto para Galeano como para el pintor Antonio Berdín, los protagonistas de realidades inmundas, seres que se constituyen de retazos, dueños de los fragmentos desechados por aquello que los eruditos llaman ‘civilización’, almas abandonadas a su suerte cuya única esperanza radica en sobrevivir otro día más.

La historia frecuentemente reitera situaciones que los pueblos no han logrado superar. Una y otra vez, las sociedades quebrantadas incurrir en los mismos errores, o bien, los reproducen sin darse cuenta de sus nefastas consecuencias. Entre los principales males que caracterizan al hemisferio sur, destacan las situaciones crónicas de hambre y pobreza que padecen amplios sectores de la población, flagelos provocados por dispositivos económicos que concentran la riqueza en pocas manos y no reparten de forma

equitativa los beneficios entre la gente, cruel realidad que el poeta cuestiona:

Un sistema de desvínculo: *El buey solo bien se lame*. El prójimo no es tu hermano, ni tu amante. El prójimo es un competidor, un enemigo, un obstáculo a saltar o una cosa para usar. El sistema, que no da de comer, tampoco da de amar: a muchos condena al hambre de pan y a muchos más condena al hambre de abrazos (Galeano, 1990: 58).

También lo expresa en su poema “Mapamundi/1”:

El sistema:

Con una mano roba lo que con la otra presta.

Sus víctimas:

Cuanto más pagan, más deben.

Cuanto más reciben, menos tienen.

Cuanto más venden, menos cobran”

(Galeano, 1990: 80).

Al ocuparse de factores que inciden sobre la condición humana, la poesía del uruguayo adquiere dimensión universal. Su obra, desde una postura crítica, permite al lector valorar, desde su perspectiva humanista, las experiencias culturales e históricas de diversos pueblos y personajes, como las referidas a Estados Unidos. Galeano señala: “Brazos negros edificaron la Casa Blanca” (2008: 163), o aludiendo a la guerra de Vietnam: “los invasores actuaron con la impunidad que la historia otorga y el poder garantiza” (2008: 290). En torno al comercio mundial, la pluma del bardo denuncia: “Las ventas de carne humana son, hoy por hoy, las exportaciones más exitosas del sur del mundo” (2008: 151).

Con respecto a la crítica al proceso de globalización capitalista que prospera en el planeta, Galeano considera que imponer la hegemonía de las grandes empresas atenta contra las tradiciones y el derecho de los pueblos a determinarse. En cuanto al dominio que ejercen las sociedades sajonas sobre las latinoamericanas, escribe:

“Inglaterra inventó la libertad de comercio: en nuestros días, los países ricos siguen contado ese cuento a los países pobres, en las noches de insomnio” (Galeano, 2008: 197).

El libre mercado mundial no ofrece nuevas ni buenas noticias a todos los actores y grupos involucrados. Al reinterpretar la obra flamenca renacentista, el uruguayo exclama:

Nadie se encuentra con nadie.
 Todos corren hacia ninguna parte.
 No tienen nada en común, salvo el miedo
[mutuo.
*—Hace cinco siglos, Hieronymus Bosch pintó
 la globalización—*
 (Galeano, 2008: 100).

El antagonismo del norte contra el sur continúa siendo parte de la trama humana que alimenta la historia universal. A pesar de la influencia de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), hasta el momento el escenario internacional carece de consensos verdaderamente alentadores:

El culpómetro indica que el inmigrante viene a robarnos el empleo y el peligrosímetro lo señala con luz roja.
 [...] Antes, Europa enviaba sobre el sur del mundo soldados, presos y campesinos muertos de hambre.
 [...] Ahora, el viaje ocurre al revés [...] Es la barbarie lanzada al asalto de la Civilización (Galeano, 2008: 117).

SIN CONCLUSIÓN DEFINITIVA

El poeta uruguayo lamentó siempre escribir para la gente ordinaria, pues sabía que la mayoría nunca podría leer dichos textos debido a que sus condiciones económicas y culturales habrían de

impedirlo. Las mujeres y hombres más pobres del planeta, aquellos que radican en el sur del mundo sin entender mucho de geografía son, por desgracia, quienes deben subsistir privados de los conocimientos que pudieran cambiar sus circunstancias. Al respecto, Galeano escribió:

Los expertos, los pobrólogos, hablan por ellos. Nos cuentan en qué no trabajan, qué no comen, cuánto no pesan, cuánto no miden, qué no tienen, qué no piensan, qué no votan, en qué no creen.
 Sólo nos falta saber por qué los pobres son pobres. ¿Será porque su hambre nos alimenta y su desnudez nos viste? (2008: 116).

Las realidades sociales, al ser bastas y diversas, ofrecen también algunas perspectivas alentadoras. A pesar de la adversidad, la esperanza es un sentimiento que anima a los pueblos a imaginar mejores circunstancias. Tener fe en algo involucra un despertar a la vida y, junto a ello, invita a confiar nuevamente en la humanidad. Como resultado del ímpetu emocional que sustenta el acontecer cotidiano, el poeta se muestra optimista al lanzar mensajes que redimen los ideales comunitarios y conceden a hombres y mujeres plena libertad.

La utopía en Galeano consiste en la recuperación de las raíces del pensamiento transcendental, de la simplicidad intrínseca del hombre fuera de su racionalidad, vinculada al mito que permita devolver al ser humano la dignidad arrebatada por la utopía capitalista occidental basada en la competitividad, la insatisfacción y en un deseo insaciable de riquezas (Ansotegui, 2016: 80).

Inspirado en la cultura guaraní, concluye:

Ellos no existían.
 Nacieron de la palabra que los nombré
 (Galeano, 2008: 203).

Por medio de signos y sonidos, los pueblos expanden su universo, crean identidades y construyen realidades históricas. Tal como afirma Martín Heidegger, “el lenguaje es la casa del ser” (2006: 11), y nuestra humanidad se realiza en todo aquello que da cuenta de nuestra existencia, en tanto anhelo y esfuerzo de humanización.

Hasta aquí, cimentamos nuestra reflexión en aquellos fragmentos que expresan el espíritu crítico y humanista de Eduardo Galeano. Este esfuerzo no debería impedir a los lectores perspicaces apreciar un panorama más amplio y diverso, enlazado a la obra del gran poeta. Por tanto, este ensayo hermenéutico sobre lo escrito por el uruguayo tiene como fin revivir nuestra escasa humanidad y limitada crítica social.

REFERENCIAS

- Ansotegui, Elena (2016), “La utopía son los otros: un acercamiento descolonial a *Memoria del fuego* de Eduardo Galeano”, *Sociedad y Discurso*, núm. 29, pp. 64-84.
- Chacón Ramírez, Carlos Alberto y Diego Alejandro Botero Herrera (2015), “Entre el miedo y el derecho al delirio: un decir desde los *ninguneados* de Eduardo Galeano”, *Hallazgos*, año 13, núm. 15, pp. 19-40.
- Cuéllar, Hortensia (2009), “Hacia un nuevo humanismo: filosofía de la vida cotidiana”, *En-claves del pensamiento*, vol. III, núm. 5, pp.11-34.
- Dilthey, Wilhelm (1949), *Introducción a las ciencias del espíritu*, México, FCE.
- Fromm, Erich (1992), *El humanismo como utopía real*, Barcelona, Paidós.
- Gadamer, Hans (2012), *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme.
- Galeano, Eduardo (1990), *Las venas abiertas de América Latina*, Perú, Libre.
- Galeano, Eduardo (1993), *El libro de los abrazos*, México, Siglo XXI.
- Galeano, Eduardo (2008), *Espejos. Una historia casi universal*, México, Siglo XXI.
- Galeano, Eduardo (2015), *Mujeres*, México, Siglo XXI.
- Heidegger, Martin (2006), *Carta sobre el humanismo*, Madrid, Alianza Editorial.
- Honneth, Axel (1997), *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*, Barcelona, Crítica.
- Kovacic, Fabián (2015), *Galeano. Apuntes para una biografía*, Buenos Aires, Ediciones B.

- Mendoza, Plinio, Carlos Montaner y Álvaro Vargas Llosa (1996), *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, México, Plaza y Janés Editores.
- Ruffinelli, Jorge (2015), “Eduardo Galeano: el hombre que rechazaba las certezas y las definiciones”, *Casa de las Américas*, núm. 281, pp. 128-137.
- Velasco, Ambrosio (2009), *Humanismo*, México, UNAM.
- Viglione, Daniel (2020), “Eduardo Galeano: somos las historias que vivimos”, *Bitácora*, en: <http://www.bitacora.com.uy/auc.aspx?4262>
- Xirau, Ramón (2011), *Introducción a la historia de la filosofía*, México, UNAM.

GUSTAVO ANTONIO SEGURA LAZCANO. Doctor en Educación or la Escuela Libre de Ciencias Políticas y Administración Pública de Oriente (ELCPAPO), México; Maestro en Planeación Urbana y Regional, y arquitecto por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México. Líder del cuerpo académico Sociedad y Educación. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Profesor de Tiempo Completo (PTC) adscrito al Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Educación de la UAEM. Miembro fundador de la Red en Hermenéutica Socio-Ambiental y Formación Humana.
Correo-e: gustavoseguralazcano3@gmail.com

FRANCISCO JOSÉ ARGÜELLO ZEPEDA. Doctor en Antropología Social por la Université Laval, Canadá. Economista por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Integrante del cuerpo académico Sociedad y Educación. Miembro del SNI Nivel I. PTC adscrito al Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Educación de la UAEM. Miembro fundador de la Red en Hermenéutica Socio-Ambiental y Formación Humana.
Correo-e: farguello2010@hotmail.com

IVETT VILCHIS TORRES. Maestra en Comunicación y Tecnologías Educativas por el Instituto Latinoamericano de Comunicación Educativa, México; ingeniera en Computación por la UAEM. PTC adscrita al Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Educación de la UAEM. Miembro fundador de la Red en Hermenéutica Socio-Ambiental y Formación Humana.
Correo-e: ivilchist@hotmail.com



Lifeless (2019). Fotografía Fine Art: Frank Diamond.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.